

que en tres días le reedificas, sálvate á ti mismo bajando de la cruz. Los Sacerdotes, olvidados de la santidad de su ministerio sagrado, se paseaban por entre los espectadores, y con burla sacrilega decian: El que podía salvar á otros, no se puede salvar á sí mismo. Los Escribas, mezclados entre la plebe, saludaban impiamente á Jesus diciendo con ironía. O Cristo, Rey de Israel, descende de la cruz, para que viéndote creamos en tí. La plebe, seducida por el ejemplo de sus mayores, llenaba de escarnios al Salvador, y uno despues de otro decian con impiedad: Confía en Dios, si tú eres su hijo, que te libre ahora. Entre los mismos ladrones que estaban padeciendo hubo uno que improperaba á Jesus, diciéndole: Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros: pero el otro ladron, arrepentido de su delito, y convencido de la inocencia de Jesus, reprendía á su compañero diciéndole: ¿Ni tú temes á Dios estando condenado al mismo suplicio? Nosotros á la verdad lo estamos justamente, pues recibimos lo que han merecido nuestros delitos, mas este no hizo mal alguno. Movid de una gracia interior este penitente reo, volvió la cara á Jesus, y le dijo: Señor, acuérdate de mí cuando llegares á tu reino. El Salvador le respondió: En verdad te digo, que HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAISO. Compadecido Jesus de la ceguedad de los otros que le insultaban, no queria pedir venganza; sus pensamientos eran de paz, y sus palabras de perdon; con la caridad mas pura y el amor mas universal exclamó á su

eterno Padre: PADRE, PERDONALOS, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.

Todos los conocidos de Jesus, y muchas mugeres devotas que le habian seguido desde Galilea á Jerusalem, estuviéron mirando de léjos la pasion del Señor; y despues de la elevacion de la cruz, la Virgen Madre acompañada de María Cleofas, María la Magdalena, y el amado discípulo Juan, se acercáron á contemplar el lastimoso espectáculo de la crucifixion. La profecía del santo Sacerdote Simeon á la Madre del Salvador fué ahora verificada en toda su estension: el corazon de María estaba traspasado con la espada de dolor á la vista del sacrificio de su divino Hijo. Jesus les miró desde la cruz, los recomendó uno á otro, y fijando la vista en su afligida Madre, le dijo: MUGER, HE AQUÍ A TU HIJO, dirigiéndola á Juan: y volviendo los ojos despues hácia el amado Apóstol le dijo: JUAN, HE AQUÍ A TU MADRE. El fiel discípulo cumplió puntualmente el encargo de su Maestro recibiendo á la Virgen por madre, y no separándose de ella hasta su muerte. Ya era cerca de las tres de la tarde, las tinieblas cubrian toda la tierra desde las doce, el furor y poder de los verdugos estaba exhausto, y nada podia añadirse á las aflicciones que Jesus padecia en esta hora: lo amargo de su agonía le hizo exclamar ELI, ELI, ¿LAMMA SABACTANI? esto es: DIOS MIO, DIOS MIO, ¿PORQUE ME HAS DESAMPARADO? Los soldados romanos que no entendían la lenga siriaca, y que habian oido á los Judios los grandes prodigios que el Dios de Israel habia obrado por medio de Elias, creyéron que llamaba á

este gran Profeta, y decian : Este llama á Elias. David habia profetizado de Jesus : Que en su sed le diéron á beber vinagre ; y para el cumplimiento de esta prediccion, dijo el Salvador : TENGO SED. Uno de los soldados fué corriendo adonde estaba un vaso lleno de vinagre, empapó una esponja y atándola á la punta de una caña, caminó hácia la cruz, lo cual visto por algunos empedernidos Judíos, le gritaron : Deja, Deja, veamos si viene Elias á quitarle de la cruz. El soldado llegó con la esponja mojada, tocó con ella la boca de Jesus, y habiendo gustado el vinagre, exclamó en alta voz : TODO ESTA CONSUMADO. PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPIRITU ; é inclinando la cabeza, espiró.

TODO ESTA CONSUMADO. A esta palabra todo se altera en el mundo. La Ley cesa, sus figuras pasan, el velo misterioso del templo se rasga de arriba abajo, queda abierto el santuario, el Evangelio de gracia ocupa el Sancta sanctorum, el hombre queda reconciliado con su Dios, los sacrificios quedan abolidos, y se sustituye una oblacion mucho mas perfecta y de un precio infinito. A esta palabra toda la creacion se resiente, y conmovidos los elementos reconoce la naturaleza á su Criador en la muerte del Hijo de Dios. El Sol le reconoce, escondiendo los rayos de su luz; la tierra le reconoce, y muestra su sentimiento con el temblor; las piedras le reconocen, y en su agitado movimiento se chocan y parten; el infierno le reconoce, y abre sus puertas á los muertos que encarcelaba. A esta palabra se muda el corazon del hombre;

los Gentiles se sorprenden y confiesan, los Judíos se confunden y tiemblan. El Centurion romano que está de guardia en el Calvario confiesa al Hijo de Dios; el Areopagita en Atenas, sorprendido con el trastorno de los Astros, confiesa que el Criador sufría; los verdugos ántes insensibles quedan ahora yertos de pavor; las injurias se mudan en suspiros, los escarnios en lágrimas; los que han visto el espectáculo vuelven á sus casas temblando y dándose golpes en los pechos, y la muerte del Salvador impone sobre todos un pánico silencio.

El sagrado cuerpo de Jesus quedó pendiente en la Cruz por una hora despues de su muerte. Los magistrados de Jerusalem, considerando que el dia siguiente era el Sábado mas solemne de todo el año, fuéron al pretorio y rogáron á Pilato que mandase bajar las cruces, quebrar las piernas á los crucificados y enterrar los cuerpos. Al mismo tiempo se presentó á Pilato un noble Decurion, hombre rico y respetable, bueno y justo, discípulo oculto de Jesus, y el único magistrado de Jerusalem que habia desaprobado el odio y determinacion de los Judíos contra el Hijo de Dios. Este piadoso varon era José de Arimatea, el cual suplicó al Presidente, le permitiese tomar de la cruz el cuerpo del Salvador para darle sepultura, y consiguió una órden para este efecto. Los soldados tomáron á los dos ladrones que habian sido crucificados y les quebráron las piernas; luego se llegaron á la cruz de Jesus, y viéndole ya muerto no le quebráron las piernas; mas uno de los soldados le

abrió el costado con la lanza, y luego salió sangre y agua, cumpliéndose hasta en esto la Escritura: « No le quebraron hueso alguno. Verán al que traspasaron. » José de Arimatea, en virtud de la orden dada por el Presidente, fué á recibir el cuerpo de Jesus; y aquel Nicodemo que habia visitado á Jesus una noche, vino tambien trayendo una composicion de casi cien libras de mirra y aloe. Estos dos santos varones descendieron el cuerpo de Cristo, y con la ayuda de otras personas piadosas que habian permanecido junto á la cruz, le embalsamaron, le fajaron segun la costumbre de Judea, y le envolviéron en una sábana fina que habian comprado para sudario. José tenia un huerto á un lado del monte Calvario, y habia hecho labrar en él un sepulcro en el cual ninguno habia sido sepultado: aqui pusieron el cuerpo de Jesus, y despues de haberle cerrado con una grande losa, se retiraron á la noche.

Los Príncipes de los Sacerdotes y los magistrados de Jerusalem no estaban satisfechos todavia, aunque habian visto el cuerpo de Jesus puesto en el sepulcro, y este cubierto con la losa. Al dia siguiente tuvieron una junta, en la que se mencionó la promesa que Jesucristo habia hecho á sus discípulos de que resucitaria al tercero dia y que volveria á estar con ellos. Ciegos á tantas pruebas, é insensibles á tantos prodigios, los obstinados Sacerdotes no creian la prediccion, pero temian mucho que hiciera impresion en el pueblo, que ya estaba muy alarmado con las tinieblas y terremoto que acompañaron la muerte del Salva-

dor. Entónces resolvieron ir al pretorio, y hablando con Pilato, le dijeron: Señor, nos acordamos que aquel seductor dijo una vez: Despues de tres dias resucitaré. El tenia muchos discípulos, y podria suceder que estos vayan de noche, roben el cuerpo de su Maestro, y luego digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos. Manda pues, que sea guardado el sepulcro, sin permitir á nadie llegarse á él por tres dias; porque de otro modo nos espondremos á otro error peor que el primero. El Presidente que habia condescendido á dar la injusta sentencia, no quiso escusarse á la inútil precaucion. Teneis una cohorte para la guardia del templo, les dijo; tomad de ella los hombres que quisiéreis, y guardad el sepulcro lo mejor que podais. Con este permiso fueron al templo, tomaron un número de soldados escogidos, partiéron al sepulcro, examinaron si el cuerpo estaba dentro, luego sellaron la losa que le cubria, y pusieron sentinelas al rededor. Los Sacerdotes imaginaron que por medio de estas precauciones evitarián toda ocasion de rumores, y destruirian toda esperanza que los discípulos pudieran tener de la resurreccion de Cristo: pero contrario á sus espectaciones, estos mismos sentinelas, atemorizados en el acto de su vigilancia con la convulsion de la tierra, atónitos con el repentino estruendo, y deslumbrados con el resplandor del cielo, fueron otros tantos testigos de la resurreccion que temian. Así fué, que queriendo estos estúpidos evitar en su imaginacion un error peor que el primero, prepararon pruebas sobre pruebas para estable-

cer el hecho de la resurreccion de Jesus fuera de toda posibilidad de duda.

*Resurreccion de N. S. Jesucristo.*

Al amanecer del primer dia de la semana, y el tercero despues de la muerte de Jesucristo, tembló fuertemente toda la tierra al rededor del sepulcro: al mismo tiempo un Angel resplandeciente como la luz, con una túnica blanca como la nieve, descendió del cielo, arrolló la pesada losa que cubria el sepulcro y se sentó sobre ella. Los soldados que estaban de guardia, consternados con lo que sentian, asombrados con lo que veian, cayéron al suelo y quedáron como muertos. Pasada la primera impresion del temor volviéron en sí, y quedáron admirados al ver el sepulcro abierto, desaparecido el cuerpo, y ninguna persona al rededor. Confusos se miraban unos á otros sin saber que decir, sin saber que hacer: el objeto de su comision era custodiar el sepulcro, guardar lo que contenia; y el sepulcro, á pesar de su vigilancia, estaba abierto y vacío. Los sacerdotes habian escogido á los soldados, los habian traído del templo, y los habian puesto en aquel lugar para que nadie tocara á la losa; y ahora que ven la losa removida sin saber como, se retiraron del lugar; vuelven al templo, y refieren á los Sacerdotes todo lo que habia sucedido á su vista. Alarmados los Sacerdotes con esta relacion, hecha en unanimidad por unos hombres de quienes no podian sospechar, se juntáron en consejo para deliberar todos juntos, sobre lo que se debia hacer en este caso. Con-

el dinero habian conseguido que entregasen á Jesus, cuando vivo, en sus manos; y con el dinero esperaban hacer creer que, ahora muerto y custodiado, le habian quitado de su poder. Tomad todo este dinero, dijéron los Sacerdotes á los soldados, y decid: Los discípulos viniéron de noche, y sacáron el cuerpo del sepulcro miéntras estábamos durmiendo. ¡Estraña estulticia! hacer decir á un cuerpo de sentinelas escogidos, que todos ellos se habian dormido: pero como los soldados en esta ocasion no tenian que responder de su conducta, sino á los Sacerdotes que los habian empleado, así no tenian que temer de la suposicion de una falta imperdonable en la milicia. Ellos recibieron la grande suma que les ofrecian, y con el dinero fuéron cohechados para afirmar una mentira, así como el falso discípulo fué ganado con el dinero para cometer una traicion. Instruidos los soldados publicáron el cuento, solícitos los Sacerdotes ayudaban á divulgar el rumor por el pueblo; y aunque para probar el robo del cuerpo de Cristo no tenian sino testigos dormidos, tanta fué su industria que los Judíos lo creyeron por mucho tiempo. ¡Infeliz astucia de aquellos Sacerdotes! deplorable ignorancia de aquel pueblo!

María Magdalena, María la madre de Santiago, y la Salome habian comprado aromas y bálsamos para hacer este último y piadoso servicio al cuerpo de su Maestro, porque ellas no esperaban la resurreccion de Jesus, no habiendo entendido las profecias; y al amanecer fuéron las tres al sepulcro. En el camino se decian una á otra: ¿Quién nos quitará la losa del se-

pulcro? porque nosotras no podrémos removerla. Los soldados ya se habian retirado del lugar, y cuando ellas llegaron, viéron la losa removida y el sepulcro abierto. Un Angel en figura de mancebo y vestido de blanco se llegó á ellas diciéndoles: No os asusteis, buscais á Jesus nazareno el que fué crucificado; ha resucitado, no está aquí; ved el lugar donde le pusieron. Id y decid á sus discípulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea; allí le veréis como os dijo: « Es menester que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, que sea crucificado, y que resucite al tercero dia. » Las virtuosas mugeres, mas asustadas con lo que habian visto, que convencidas de lo que habian oido, huyéron á la ciudad, y llegando á donde estaban congregados los Apóstoles, refirieron todo lo que les habia sucedido. Los mas de ellos no creyeron lo que oian excepto Pedro y Juan que se levantaron al momento y corrieron al lugar del sepulcro. Juan como mas jóven llegó primero, vió el sepulcro abierto, y abajándose percibió los lienzos, mas no se atrevió á entrar. Luego que llegó Pedro entró, y tras él entró tambien Juan; allí hallaron la sábana á un lado, y el lienzo que cubria la cabeza en otro lugar. Los dos se volviéron á casa muy pensativos, porque todavia no entendian la profecía de la resurreccion del Señor.

La Magdalena, que por su intenso amor á Jesus y á la verdad habia conseguido la remision de sus muchos pecados, era la mas solícita en aquella mañana, por saber el paradero del cuerpo de su amado Maes-

tro. Ella habia vuelto al lugar del sepulcro detras de Pedro y Juan, y aunque estos se volviéron, ella permaneció junto á la losa. Ignorante de la profecía y promesa de la Resurreccion, creia perdida la preciosa reliquia del cuerpo de su Salvador: buscaba con ansia lo que tanto deseaba, y lloraba desconsolada porque no lo podia hallar. Llorando se inclinaba y miraba al sepulcro; el sepulcro vacío le anunciaba que el Señor habia sido removido: encendida en el fuego del mas puro amor, volvia á mirar, y no percibiendo sus ojos al deseado objeto, se alligia cada vez mas. María persevera en buscar, y su constante solicitud la hizo merecedora de hallar. María miró otra vez al sepulcro, y á su mayor admiracion ve dos Angeles vestidos de blanco, el uno sentado á la cabecera y el otro á los pies del sitio donde habia sido puesto el cuerpo de Jesus. Muger, le dijeron, ¿ porqué lloras? y ella respondió: Porque se han llevado de aquí á mi Señor, y no sé donde le han puesto. Apénas habia dicho estas palabras, su atencion fué llamada á mirar á otra parte, y volviendo la cara, vió á un hombre que estaba de pies junto á ella. Muger, le dijo, ¿ porqué lloras? á quien buscas? Una sola idea ocupaba toda el alma de María, y sus labios no podian espresar otra; creyendo que era el hortelano, le dijo con vehemencia: Señor si tu has quitado de aquí á mi Señor, dime en donde le has puesto, y yo le llevaré. Jesus solo le respondió: María! Esta sola voz abrió los ojos de la Magdalena para reconocer á Jesus. ¡ Maestro y Señor mio! exclamó María arrojándose á los pies de Jesus para besarlos.

No me toques, le dijo Jesus, porque aun no he subido á mi Padre; mas ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios. Y luego desapareció Jesus. María volvió muy gozosa á casa de los Apóstoles para darles el mensaje del Señor, pero estos, no iluminados todavía, la escucharon sin creer ni negar lo que oían, porque aunque tenían fe, no tenían pleno conocimiento de las Escrituras. Los Apóstoles continuaron todo aquel día recogidos en su casa de Jerusalem, lamentando todavía la muerte de su divino Maestro.

Dos de los discípulos de Jesus que estaban en casa de los Apóstoles, despues de haber oido la relacion de María, la de las otras piadosas mugeres, y lo que habían visto en el sepulcro Pedro y Juan, partiéron despues de medio día á una aldea llamada Emmaus, distante como dos leguas de Jerusalem, para hacer algunas diligencias. Iban conversando por el camino sobre lo que había ocurrido en Jerusalem en aquellos dias, cuando Jesucristo, en forma y vestido de peregrino, se llegó á ellos, y saludándolos les preguntó, porqué estaban tristes, y cual era el asunto de su conversacion. Cleofas uno de los dos discípulos le respondió: ¿Eres tu el único en Jerusalem que no sabes lo que ha pasado allí en estos dias? Jesus les preguntó entónces: ¿Qué es lo que ha pasado? Cleofas dijo: Ibamos hablando de Jesus nazareno, que fué un varon profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir á Israel:

pero los Sumos Sacerdotes y nuestros Príncipes le entregáron, le condenáron á muerte y le crucificáron. Hoy es el tercer dia que han acontecido estas cosas, y pensamos en las cosas que han sucedido hoy: porque unas mugeres que viniéron de Galilea con nosotros y que seguian á Jesus, nos han espantado esta mañana con la noticia de que el cuerpo no está en el sepulcro. Ellas fuéron al amanecer al lugar donde fué sepultado, y no habiendo hallado el cuerpo, se volviéron diciendo, que habían visto allí á dos Angeles, los cuales les aseguráron que estaba vivo. Y algunos de los nuestros, que fuéron tambien al sepulcro, halláron que era verdad como habían referido las mugeres, mas á Jesus no le halláron. Jesus les dijo entónces: ¡O necios y tardos de corazon en creer todo lo que predijéron los Profetas. ¿Acaso no convenia que Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria? Entónces les citó y esplicó todos los diferentes pasajes de las Escrituras concernientes al mismo Jesus, desde Moises hasta los Profetas. Cuando llegáron al castillo de Emmaus adonde iban, Jesus les dió á entender que iba mas léjos, pero ellos le forzaron diciendo: Quédate con nosotros porque ya es tarde y va declinando el dia. Jesus consintió y entró con ellos. Sucedió pues, que estando sentados á la mesa, tomó el pan, le bendijo, le partió, y se le dió. A este tiempo se les abriéron los ojos, y le conocieron, mas Jesus se desapareció de su vista. Entónces se dijeron uno á otro: ¿Por ventura no sentíamos abrasarse nuestros corazones miéntras nos hablaba en el cami-